

DESPEDIDA A DON ELEODORO RODRIGUEZ MATTE, DIRECTOR
EJECUTIVO CANAL 13 DE TELEVISION
JULIO 20, 1998
PARQUE DEL RECUERDO

Parece que hoy sobrarán las palabras. Hemos visto en estos días las lágrimas en los rostros no sólo de sus familiares sino de sus colaboradores, y hemos sentido la íntima congoja que pesaba sobre toda la Corporación de Televisión de la Universidad Católica, al seguir la agonía de este cristiano fiel, fuerte y sencillo, de este padre de familia amante, de este directivo considerado y respetuoso. ¿Quién podría hablar mejor que esa expresión colectiva y callada de pesar?

Y sin embargo, no se podría permanecer en silencio. Como Rector de la Universidad, debo hablar en nombre de ella y de su Corporación de Televisión para dejar un testimonio del ejemplo que hemos recibido del hombre que hemos perdido.

Fué un hombre recto. Esta afirmación breve apunta al núcleo mismo de la personalidad de Eleodoro Rodríguez. Hombre de una sola palabra, firme en la adversidad, austero y moderado en los tiempos de éxito. En esta época acomodaticia que vivimos, inclinada a la lisonja y a la sobrevaloración, esa rectitud y limpieza de carácter imponían serenamente y sin ningún aspaviento. Fué su rectitud la que lo hizo un conductor de hombres; porque quienes lo seguían sabían que podían confiar en él, que les diría la verdad aunque ella fuera dolorosa, y que no buscaría la amistad de nadie al precio de la verdad.

Fué un hombre firme. La dirección de una Canal de Televisión es blanco de muchos apasionamientos, y desde ella es imposible no herir a muchas ambiciones y no frustrar a muchos poderosos. Es allí donde el juicio justo por sí solo, nada puede si no es acompañado por la firmeza y por la valentía.

Fué el más brillante ejecutivo de televisión que haya conocido este país. Basta comparar el punto de partida hace tantos años, con lo que es hoy la Corporación para afirmarlo. Sin embargo, no fué un hombre prepotente. No quiso para sí el poder ni ambicionó recompensa material. Fué más grande que eso. Se hizo cargo de un Canal de Televisión en un momento crítico. Lo dirigió por más de un cuarto de siglo, a través de días de éxito y de tiempos difíciles. Conjugó la prudencia con el atrevimiento, la imaginación con el más agudo juicio crítico. Se preocupó en forma preferente por su personal, y estuvo siempre atento al progreso tecnológico. Empezó la expansión del Canal a todo el territorio nacional, llevó a cabo la transición del blanco y negro al color, y transformó el

pequeño Canal Universitario en una obra de importancia nacional. Llevó a esta a instalarse en su magnífica nueva sede, diversificó las transmisiones y abrió la señal internacional. Marcó rumbos en la televisión chilena.

A pesar de esa brillante trayectoria, fué un hombre modesto. No hubo éxito que lograra envanecerlo. Estaba siempre dispuesto a aprender. Abrazó libremente una vida austera, trabajada y sacrificada, simplemente porque creía que así debía hacerse, porque no esperaba ni tributos ni homenajes, sino solamente una oportunidad de servir, de ser útil a sus semejantes.

Fué un hombre de trabajo, que amó entrañablemente su oficio y le consagró largas jornadas, atendiendo a todos los detalles, con una inquietud constante por mejorar la calidad de la programación y producción. Pocas semanas antes de su última enfermedad, y cuando ya el deterioro de su salud era evidente, encontró fuerzas para viajar al extranjero en busca de nuevas adquisiciones y luego hasta sus últimos días se mantuvo atento a la marcha del Canal. Si parecía a veces no necesitar descanso, era porque encontraba en esa obra la satisfacción interior que llegan a conocer los espíritus creativos y que los sostiene en un empeño prolongado.

Comprendió perfectamente cuál era la misión de esta obra que dirigía. En forma insistente y repetida, la explicó sirviéndose de sus Cuentas Anuales, o en cuanta ocasión se presentara. Era hombre parco en sus palabras y no le gustaban los laberintos retóricos. Pero para explicar la misión de un Canal de Televisión de una Universidad en nuestro tiempo y situación, tenía conceptos justos y precisos que se ilustraban con obras elocuentes. Defendió las disposiciones que -como la franja cultura, por ejemplo- podían permitir el desarrollo de una televisión que promoviera el desarrollo cultural de la nación. Impulsó la televisión educativa, Teleduc, defendió cuanto pudo la decencia en las pantallas, y comprendió perfectamente cuál es el veneno sutil que se esconde cuando se mira la transmisión de ideas y emociones como producción de mercaderías sin contenido valórico.

Fué un hombre bondadoso y afectuoso. Su figura, marcada por la dignidad y por una cierta timidez, escondía una disposición acogedora y cálida, un corazón comprensivo, un ánimo amistoso y servicial. Amigo de sus amigos, no quiso ni creía tener enemigos. Estuvo siempre dispuesto a ayudar a la necesidad ajena. Le costaba juzgar y prefirió siempre perdonar. Sus colaboradores, desde los ejecutivos del Canal hasta la personas de menor rango en la institución, eran como una gran familia sobre la cual velaba celosamente, preocupado de su bienestar y su progreso. Se alegraba íntimamente del clima laboral que había creado en el Canal y que era la expresión de su sentido de la justicia social y de

su afecto y respeto por todos los que trabajaban con él. Consecuente con la visión que mantenía de nuestro Canal como un grande y verdadero servicio público, lo transformó en un instrumento de ayuda y de alivio para incontables sufrimientos. Hizo efectiva su convicción de que se debía a la comunidad nacional, a los damnificados de cualquier catástrofe, a los pobres, a los minusválidos, de modo que hizo de la presencia del Canal un factor de unión nacional y de concordia.

Para su familia, una palabra especial de gratitud y de consuelo. Una vida tan hermosa no se construye sin el apoyo, la comprensión, incluso el desprendimiento de los seres queridos. Lo que le debemos a Eleodoro, a ellos también se lo debemos.

La obra de Eleodoro Rodríguez muestra a las claras que fué hombre de grandes afectos y amores duraderos. Es eso lo que cuenta ahora. Hoy día en el gran silencio de la muerte callan todas las realizaciones y se desvanecen todos los logros humanos. Lo que se lleva el hombre consigo es lo que ha amado. Lo que puede mostrar en el juicio es el amor que ha tenido. Y al ver las lágrimas en tantos rostros he pensado en muchos que estaban devolviendo el amor tímido y eficiente que él les tuvo y reconfortados por la promesa que no puede fallar, al entregar su cuerpo a la sepultura, entregamos su alma a la misericordia de Dios.